

De cómo el extractivismo oprime el cerebro de nuestras sociedades. Algunas anotaciones al caso ecuatoriano

Por Alberto Acosta*

Nada es un signo más real de necesidad que hacer lo mismo y lo mismo una y otra vez, y esperar que los resultados sean diferentes

Albert Einstein

El extractivismo como categoría de saqueo y devastación

El extractivismo es una modalidad de acumulación que comenzó a fraguarse masivamente hace 500 años. Esta es una categoría que nos permite explicar el saqueo, la acumulación, la concentración, la destrucción y la devastación colonial y neocolonial, así como la evolución del capitalismo hasta nuestros días. Desarrollo y subdesarrollo, como dos caras de un mismo proceso, son elementos que hay que ubicarlos en este contexto.

Con la conquista y la colonización de América, África y Asia, empezó a estructurarse la economía-mundo: el sistema capitalista. Como uno de los elementos fundacionales de dicha civilización capitalista se desarrolló y consolidó la modalidad de acumulación extractivista, determinada desde entonces por las demandas de los centros metropolitanos del capitalismo naciente. Unas regiones fueron especializadas en la extracción y producción de materias primas, es decir de bienes primarios, mientras que otras asumieron el papel de productoras de manufacturas, normalmente utilizando los recursos naturales de los países pobres o empobrecidos. Las primeras exportan Naturaleza, las segundas la importan.

Para intentar una definición comprensible utilizaremos -siguiendo a Eduardo Gudynas (2009)- el término de extractivismo cuando nos referimos a aquellas actividades que remueven grandes volúmenes de recursos naturales que no son procesados (o que lo son limitadamente), sobre todo para la exportación en función de la demanda de los países centrales. El extractivismo no se limita a los minerales o al petróleo. Hay también extractivismo agrario, forestal e inclusive pesquero.

Tengamos presente que actualmente en el mundo, en medio de una crisis compleja y aparentemente contradictoria, se han agudizado las tendencias extractivistas. Aprovechando sus cuantiosas reservas monetarias y financieras, las empresas transnacionales y economías emergentes como China han empezado a adquirir cada vez más activos en todos los continentes, ampliando aceleradamente su área de influencia. En suma, presenciamos procesos de desposesión como los entiende David Harvey e inclusive una suerte de acumulación originaria global, con rasgos similares a los planteados por Carlos Marx.

* Economista ecuatoriano. Profesor e investigador de la FLACSO-Ecuador. Ex-Ministro de Energía y Minas, ex-Presidente de la Asamblea Constituyente, ex-Candidato a la Presidencia de la República. E-mail de contacto: alacosta48@yahoo.com



La apropiación de recursos naturales, donde éstos son extraídos por medio de una serie de violencias, atropellando Derechos Humanos y Derechos de la Naturaleza, “no es una consecuencia de un tipo de extracción sino que es una condición necesaria para poder llevar a cabo la apropiación de recursos naturales”, como atinadamente señala Gudynas (2013).

En la práctica, el extractivismo ha sido un mecanismo de saqueo y apropiación colonial y neocolonial. Este extractivismo, que ha asumido diversos ropajes a lo largo del tiempo, se ha forjado en la explotación de las materias primas indispensables para el desarrollo industrial y el bienestar del Norte global. Y se lo ha hecho sin importar los impactos nocivos de los proyectos extractivistas, así como tampoco el agotamiento de los recursos.¹

La mayor parte de la producción de las empresas extractivistas en el Sur global no es para consumo en el mercado interno, sino que es básicamente para exportación. Pese a las dimensiones de esta actividad económica, ésta genera un beneficio nacional muy escaso. Las materias primas que se obtienen normalmente no son procesadas en los países de origen. Igualmente gran parte de los bienes, los insumos y los servicios especializados para el funcionamiento de las empresas extractivistas, pocas veces provienen de empresas nacionales. Y en los países extractivistas tampoco parece que ha interesado mayormente el uso de los ingresos obtenidos, que muchas veces viene acompañado de prácticas corruptas de todo tipo.

El extractivismo, entonces, ha sido y es aún una constante en la vida económica, social y política de muchos países del Sur global. Así, con diversos grados de intensidad, todos los países de América Latina están atravesados por estas prácticas. Y esta dependencia de las metrópolis, a través de la extracción y exportación de materias primas, se mantiene prácticamente inalterada hasta la actualidad.

Algunos países apenas han cambiado unos cuantos elementos relevantes del extractivismo tradicional, al lograr una mayor intervención del Estado en estas actividades y un mejor uso de los ingresos obtenidos. Por lo tanto, más allá de algunas diferenciaciones más o menos importantes, la modalidad de acumulación extractivista parece estar en la médula de la propuesta productiva tanto de los gobiernos neoliberales como de los gobiernos “progresistas”.²

Ecuador no es la excepción. Este país, con diversa suerte, ha transitado por modalidades de acumulación extractivistas estrechamente vinculadas a la economía capitalista mundial, tal como sucedió con los otros vecinos latinoamericanos. A pesar de los intentos realizados por industrializar la economía, sobre todo en la segunda mitad del siglo XX, el eje vertebrador de estos regímenes de acumulación giró y sigue girando permanentemente alrededor del extractivismo. Una y otra vez algún producto o muy pocos productos de exportación fueron el pilar de la economía ecuatoriana. Y en ese

¹ En la actualidad la cuestión de los recursos naturales “renovables” debe ser enfocada a la luz de las recientes evoluciones y tendencias. Dado el enorme nivel de extracción, muchos recursos “renovables”, como por ejemplo el forestal o la fertilidad del suelo, pasan a ser no renovables, ya que el recurso se pierde porque la tasa de extracción es mucho más alta que la tasa ecológica de renovación del recurso. Entonces, a los ritmos actuales de extracción los problemas de los recursos naturales podrían afectar por igual a todos los recursos, renovables o no.

² Raúl Zibechi ve en el extractivismo de estos gobiernos progresistas una segunda fase del neoliberalismo.



proceso el Ecuador, como el resto de sus vecinos, no encontró la senda del ansiado desarrollo.

Cabe recordar que luego de superada una fase plagada por los rezagos coloniales, el país entró con fuerza en una modalidad primario-exportadora, en esencia extractivista, gracias a las exportaciones de cacao en el último cuarto del siglo XIX. Más tarde que en los otros países de América Latina, el Ecuador intentó avanzar con una modalidad de industrialización por la vía de la sustitución de importaciones, sin abandonar las fundamentales actividades extractivistas, que se habían desplazado sobre todo al banano. Luego vendría una larga fase petrolera, que empezó en el año 1972 y que duró hasta el inicio de la crisis de deuda externa en el año 1982. Hasta llegar, al finalizar el siglo XX, en los años ochenta y noventa, a lo que se definiría como un proceso de transición hacia una reprimarización modernizada de su economía, conocida también como la “larga noche neoliberal”.

Con el fin de comprender una fase en extremo compleja, conviene mencionar separadamente la crisis de cambio de siglo, la dolarización y la poscrisis, sin que esto necesariamente implique una superación de la indicada modalidad extractivista, sino todo lo contrario. Y en una última etapa, todavía no claramente definida, Ecuador ha empezado a transitar por una senda con rasgos posneoliberales, que consolidaría una nueva forma de extractivismo, que mantiene inalteradas las tendencias reprimarizadoras de la economía, como reconoció el año pasado la Secretaría de Planificación y Desarrollo (SENPLADES 2012).

La maldición de la abundancia en tierras ecuatoriales

La profusión de recursos naturales de que ha dispuesto el Ecuador, a lo largo de su historia, ha tendido, entre muchos otros procesos endógenos de carácter patológico que la acompañan, a distorsionar la estructura y la asignación de los recursos económicos del país. Casi siempre ha redistribuido regresivamente el ingreso nacional y ha concentrado la riqueza en pocas manos, mientras se generaliza la pobreza. Ha dado paso a crisis económicas recurrentes, al tiempo que consolida mentalidades “rentistas”, profundiza la débil y escasa institucionalidad, alienta la corrupción y deteriora el medio ambiente.

Aunque pueda causar sorpresa, la evidencia reciente y muchas experiencias históricas nos permiten afirmar que los países que se han especializado en la extracción y la exportación de recursos naturales, normalmente no han logrado desarrollarse. Ecuador, como todos aquellos países que disponen de una sustancial dotación de uno o unos pocos productos primarios, parecen estar condenados al subdesarrollo, atrapados como están en una lógica perversa, conocida en la literatura especializada como “la paradoja de la abundancia” o “la maldición de los recursos”. Este pequeño país andino es un caso (casi) paradigmático.

Todo ello ha contribuido a debilitar la gobernabilidad democrática, en tanto ha terminado estableciendo o facilitando la permanencia de gobiernos autoritarios, voraces y clientelares. En efecto, Ecuador no se ha caracterizado como ejemplo de democracia. Ni antes, ni ahora.



Por razones muy peculiares, su economía no ha logrado superar la llamada “trampa de la pobreza”, situación que da como resultado la gran paradoja: este es un país rico en recursos naturales, que incluso pueden generar importantes ingresos financieros, pero que no ha logrado establecer las bases para su desarrollo y sigue siendo un país considerado pobre. ¿Será que es un país pobre porque es rico en recursos naturales?, en tanto ha apostado prioritariamente por la extracción de esa riqueza natural, marginando otras formas de creación de valor sustentadas más en el esfuerzo humano que en la generosidad de la Naturaleza (Schuldt, 2005).

Existe una variada gama de mecanismos y efectos que, paradójicamente, mantienen el subdesarrollo, en tanto se apuesta prioritariamente por la extracción y exportación de recursos naturales. El más nombrado y conocido maleficio de la abundancia primario-exportadora deriva de la “enfermedad holandesa”, virus que infecta al país exportador de la materia prima, cuando su elevado precio o el descubrimiento de una nueva fuente o yacimiento desata un boom de exportación primaria y provoca una serie de distorsiones en la estructura de precios, con los consiguientes impactos económicos sobre productos transables y no transables; facilita la importación de los primeros y encarece los segundos, entre otras cosas.

La más antigua y empíricamente más resbalosa teoría sobre este tema (la tesis Prebisch-Singer), plantea que una especialización en la exportación de bienes primarios -a la larga- ha resultado nefasta, como consecuencia del deterioro tendencial de los términos de intercambio; este proceso actúa a favor de los bienes industriales que se importan y en contra de los bienes primarios que se exportan. Un factor adicional, ligado al anterior, deriva de la elevada tasa de ganancia -por las sustanciales rentas ricardianas que contiene- que genera un producto de ese sector exportador, lo que lleva a su sobreproducción, la que a la larga puede desembocar en un “crecimiento empobrecedor”: el exceso de oferta hace descender el precio del producto en el mercado mundial.

Los pasivos ambientales y sociales normalmente no son contabilizados en los proyectos extractivistas, así como tampoco los subsidios ocultos, como son el suministro de electricidad y agua en condiciones ventajosas, la construcción por parte del Estado de carreteras y puertos, entre otros. A la postre, las economías industrializadas, en donde se refinan y procesan estos minerales, se llevan el grueso de las ganancias y los costos quedan para los países productores de materias primas.

En las características anteriores, se anclan dos maldiciones adicionales: la poca capacidad de absorción de la fuerza de trabajo y la ya indicada desigualdad en la distribución del ingreso y los activos.

Relacionada en parte a los efectos antedichos, debemos mencionar la conocida volatilidad que caracteriza a los precios de las materias primas en el mercado mundial. Esto provoca problemas recurrentes de la balanza comercial y de las cuentas fiscales, generando dependencia financiera externa y sometiendo a erráticas fluctuaciones las actividades económicas nacionales.

Por añadidura, cuando hay abundancia de recursos externos, alimentada por los flujos que generan las exportaciones, los créditos llegan a manos llenas. Y todo este flujo de recursos financieros lleva a un auge consumista temporal -como el que se vive en la actualidad en Ecuador, gracias sobre todo a los altos precios del petróleo y a los cuantiosos créditos chinos-, lo que generalmente conduce a un desperdicio de recursos.



En este contexto se procesa una sustitución de productos nacionales por productos externos, atizada en el Ecuador por la rigidez cambiaria, propia de la dolarización.

La experiencia histórica ecuatoriana nos ilustra y el presente nos confirma que la actividad extractivista no genera encadenamientos productivos dinámicos, tan necesarios para lograr un desarrollo coherente de la economía, asegurando los tan esenciales enlaces integradores y sinérgicos hacia delante, hacia atrás y de la demanda final (en el consumo y fiscales). De la anterior se deriva una clásica característica adicional de estas economías primario-exportadoras, incluso desde la Colonia, que es su carácter de enclave: el sector exportador, normalmente está aislado del resto de la economía.

En el gobierno de Correa, por ejemplo, no se ha establecido al menos la obligación de refinar el mineral (cobre) internamente para romper con el círculo de país productor de materias primas que alimenta el subdesarrollo. Además, el Ecuador, a pesar de ser un país exportador de petróleo, no logra autoabastecerse con derivados del hidrocarburo, que los tiene que importar, inclusive para generar electricidad.

Neoextractivismo, una versión contemporánea del extractivismo

En los últimos años, conscientes de algunas de las patologías enunciadas, varios países de la región con regímenes “progresistas” han impulsado algunos cambios importantes en lo que se refiere a ciertos elementos de la modalidad extractivista. Ecuador está en esa lista. Sin embargo, más allá de los discursos y de algunos planes oficiales no hay señales claras de que pretendan superar realmente dicha modalidad de acumulación. Es más, a través de este redoblado esfuerzo extractivista esperan poder atender muchas de las largamente postergadas demandas sociales y, por cierto, consolidarse en el poder recurriendo a prácticas clientelares e inclusive autoritarias.

En la gestión de las administraciones “progresistas” en América del Sur se mantiene e incluso se amplía la importancia de los sectores extractivistas como un eje relevante de sus economías. Y estas prácticas extractivistas resultan incluso una suerte de “mal ejemplo” para ciertas fuerzas progresistas, que empiezan a asumir como “revolucionario” el mantenimiento de esta modalidad de acumulación propicia a las demandas del capital transnacional y del capitalismo mismo.

Como sintetiza Eduardo Gudynas (2009), si bien el “progresismo” sudamericano “genera un extractivismo de nuevo tipo, tanto por algunos de sus componentes como por la combinación de viejos y nuevos atributos”, no hay cambios sustantivos en la actual estructura de acumulación. Con esto el neoextractivismo sostiene “una inserción internacional subordinada y funcional a la globalización” del capitalismo transnacional. Se mantienen, y “en algunos casos se han agravado, los impactos sociales y ambientales de los sectores extractivos”.

Siguiendo con Gudynas, “más allá de la propiedad de los recursos, se reproducen reglas y funcionamiento de los procesos productivos volcados a la competitividad, eficiencia, maximización de la renta y externalización de impactos”. Entre los puntos destacables está “una mayor presencia y un papel más activo del Estado, con acciones tanto directas como indirectas”. Desde esta postura nacionalista se procura principalmente un mayor acceso y control por parte del Estado, sobre los recursos naturales y también sobre los beneficios que su extracción produce. Lo que



definitivamente no está mal. Lo malo es que desde esta postura se critica el control de los recursos naturales por parte de las transnacionales y no la extracción en sí. Incluso se acepta algunas afectaciones ambientales e inclusive sociales graves a cambio de conseguir beneficios para toda la colectividad nacional, como reza el discurso oficial.

Para lograrlo, siguiendo con Gudynas, “el Estado capta (o intenta captar) una mayor proporción del excedente generado por los sectores extractivos”. Además, “parte de esos recursos financian importantes y masivos programas sociales, con lo que se aseguran nuevas fuentes de legitimación social”. Y de esta manera el extractivismo asoma como indispensable para combatir la pobreza y promover el desarrollo.

No hay duda, el neoextractivismo es parte de una versión contemporánea del desarrollismo propia de América del Sur, donde se mantiene el mito del progreso en su deriva productivista y el mito del desarrollo en tanto dirección única, sobre todo en su visión mecanicista de crecimiento económico, así como sus múltiples sinónimos.

El extractivismo, si bien goza de buena salud, evoluciona. Hay cambios con relación al extractivismo anterior, sobre todo por el lado del interés nacional. Esta constatación no puede ocultar, sin embargo, el mantenimiento de las herencias de raigambre colonial. Es más, de alguna manera, este extractivismo del siglo XXI resulta recolonizador.

Ante tanta intransigencia para procesar las críticas razonadas al extractivismo, a ratos parecería que es muy cierto que nuestra sociedad, como sucede en casi todos los países de la región, está atravesada por una suerte de ADN extractivista en todos sus niveles, empezando por los ámbitos más altos de dirección política. Resulta casi imposible cuestionar públicamente la minería a gran escala sin ser víctima de la amenaza, la agresión o la descalificación. Al cerrar la puerta al debate, se niega la construcción de alternativas.

En Ecuador, en estos ya más de seis años de la llamada “revolución ciudadana”, iniciada en el año 2007, no ha cambiado esta tendencia extractivista. El propio presidente Rafael Correa lo ha reconocido: “Básicamente estamos haciendo mejor las cosas con el mismo modelo de acumulación, antes que cambiarlo, porque no es nuestro deseo perjudicar a los ricos, pero sí es nuestra intención tener una sociedad más justa y equitativa.” (Entrevista al gubernamental Diario El Telégrafo, 15.1.12).

En este país, mientras las reservas petroleras demuestran una clara tendencia declinante, al cabo de 40 años de extracción sostenida, el presidente Correa está decidido a ampliar la frontera petrolera a regiones poco exploradas de la Amazonia, al tiempo que ha resuelto imponer la megaminería.

Entre los puntos destacables del neoextractivismo o del extractivismo del siglo XXI en este país andino aflora una mayor presencia y un papel más activo del Estado. Desde una postura nacionalista se busca un mayor control por parte del Estado sobre el petróleo y la minería. El objetivo es una mayor participación del Estado en la renta petrolera y minera. Parte significativa de esos recursos, a diferencia de lo que sucedía en años neoliberales, en los que el grueso de dicha renta se destinaba al pago de la deuda externa, en el gobierno de Correa financia importantes y masivos programas sociales, así como obras de infraestructura largamente postergadas.

Gracias a la enorme masa de recursos financieros procedentes principalmente de la exportación de petróleo, en el Ecuador se impulsa un proceso de retorno del Estado.



Superando el Estado mínimo del neoliberalismo, se intenta -con justificada razón- reconstruir y ampliar la presencia y acción del Estado. Empero, siendo importante un mayor control por parte del Estado de estas actividades extractivistas, no es suficiente para cambiar la lógica subdesarrolladora de esta modalidad de acumulación. En realidad, el control real de las exportaciones nacionales continúa en manos de los países centrales y sus empresas transnacionales.

Siendo importante un mayor control por parte del Estado de las actividades extractivistas, no es suficiente. El real control de las exportaciones nacionales está en manos de los países centrales, aún cuando no siempre se registren importantes inversiones extranjeras en las actividades extractivistas. Perversamente muchas empresas estatales de las economías primario-exportadoras (con la anuencia de los respectivos gobiernos, por cierto) parecerían programadas para reaccionar exclusivamente ante impulsos foráneos y actúan casa dentro con lógicas parecidas a las de las transnacionales. Como se registra en Ecuador la depredación ambiental y el irrespeto social no están ausentes de sus prácticas.

En concreto, lo nuevo es que se abrió la puerta a una fase con rasgos posneoliberales, mas no poscapitalistas. Igualmente se alienta un proceso de descentralización recentralizadora, en tanto el gobierno central comienza a subyugar a los gobiernos descentralizados autónomos. Simultáneamente se dio paso a la concentración y centralización de todas las funciones del Estado por parte del ejecutivo.

Al menos hasta ahora, en estos países con presidentes “progresistas” que han instrumentado esquemas neoextractivistas, los segmentos tradicionalmente marginados de la población han experimentado una relativa mejoría gracias a la mejor distribución de los crecientes ingresos petroleros y mineros. Sin embargo, no se ha dado paso a una radical redistribución de los ingresos y los activos, tampoco -como ya se anotó para el caso ecuatoriano- a un cambio de la modalidad de acumulación. Esta situación es explicable por lo relativamente fácil que resulta obtener ventaja de la generosa Naturaleza, sin adentrarse en complejos procesos sociales y políticos de redistribución. Y, en estas condiciones, los grupos más acomodados de las viejas y nuevas oligarquías, muchas de ellas vinculadas al capital transnacional, no dejan de obtener jugosas ganancias, como sucede en Ecuador.

Por esas razones, por decir lo menos, resulta curioso que en un Gobierno que se autodefine como socialista y revolucionario, la banca privada y los grandes grupos económicos obtengan más utilidades que en los años neoliberales inmediatamente anteriores a la llegada del presidente Correa. Esta realidad es inocultable. Basta ver dos ejemplos. Las utilidades de esos grupos económicos en el período 2007-2011 crecieron en un 50% más que en los cinco años anteriores, es decir durante el período neoliberal. En esta economía dolarizada, las utilidades de la banca en relación a su patrimonio neto llegaron a superar el 17% en el 2011 y habrían bordeado el 13% en el 2012, mientras que las empresas de comunicación obtuvieron beneficios superiores al 38% de su patrimonio neto.

A más de seis años del inicio de un Gobierno que se considera revolucionario, el decil de empresas más grandes controla el 96% de ventas en el país. La concentración de las ventas es tal que el 1% de las empresas controlan el 90% de las ventas. El 5% de propietarios sigue concentrando el 52% de tierras agrícolas, mientras el 60% de pequeños propietarios acceden tan solo al 6,4% de éstas. No se democratiza el acceso a la tierra, porque Correa está abiertamente en contra de la reforma agraria, tampoco al



agua, en donde se registran niveles de concentración mucho más elevados que en la tierra.

Esta situación se describe de la siguiente manera en un documento interno del Gobierno (2010): “en síntesis, nunca antes los grupos económicos poderosos estuvieron mejor, nunca antes los más excluidos de la Patria estuvieron menos peor.”

Finalmente, si bien el accionar gubernamental genera un extractivismo de nuevo tipo, tanto por algunos de sus componentes como por la combinación de viejos y nuevos atributos, no se generan cambios sustantivos en la estructura de acumulación. Este neoextractivismo sostiene una inserción internacional subordinada y funcional a la globalización del capitalismo transnacional. Caminar al socialismo, como reza el discurso oficial del correísmo, alimentando las necesidades -incluyendo las demandas especulativas- del capitalismo global es, por decir lo menos, una incoherencia.³

¿Hacia un desbocado extractivismo?

Luego de la segunda reelección del presidente Correa en el año 2013, si tomamos en consideración sus reiteradas declaraciones y acciones, bien podemos anticipar que el extractivismo recibirá un nuevo impulso. Correa asume su triunfo como una ratificación de su propuesta extractivista. La baja votación de la Unidad Plurinacional de las Izquierdas, que se sintonizó plenamente con la resistencia al extractivismo, puede ser asumida como una pérdida de las alternativas al extractivismo.

Contando con una aplastante mayoría parlamentaria, el correísmo -que se perfila como una suerte de peronismo andino del siglo XXI y que está dando paso a la conformación de una estructura estatal tipo PRI mexicano- puede introducir cambios fundamentales en las leyes e inclusive en la Constitución. Así las cosas, los afanes extractivistas del correísmo, que coinciden cada vez más con las pretensiones del gran capital transnacional y también nacional, pueden hacerse realidad en breve.

En este punto cabría preguntarse, ¿hasta dónde llega el poder de los grandes grupos económico en el gobierno de Correa? La Constitución de Montecristi prohíbe el cultivo de transgénicos en el país. Sin embargo ahora Correa quiere permitir dichos cultivos a través de una reforma constitucional. ¿A quién interesa esto? Justamente a la empresa que tiene la representación de Monsanto en el Ecuador y que domina el 62% del mercado de la carne. Y tampoco habrá que minimizar el hecho de que Correa se haya declarado abiertamente a favor de los agrocombustibles.

Esta situación se agravará en un futuro inmediato con la concentración de la tierra y del agua, pues -según el propio presidente- será necesario destinar amplias zonas para el desarrollo de agrocombustibles y lo mismo demandará el cultivo de semillas transgénicas, que son actividades que provocan, además, problemas ambientales, de salud y económicos.

Sabemos lo que las posiciones correístas a favor del extractivismo auguran. Correa resultó uno de los principales voceros del extractivismo. Nunca antes las empresas transnacionales extractivistas han tenido un gobernante tan servicial a sus

³ Hay que tener presente que el presidente Correa interpreta a su antojo lo que significa el socialismo, cuando considera que éste ya no tiene nada que ver con la lucha de clases. Ver en <http://www.youtube.com/watch?v=7LIY1tyqY3E>



intereses, más allá de su discurso nacionalista, que cosecha tantos aplausos y que confunde a amplios segmentos de la población (y también a muchos izquierdistas en el exterior). Sin debate alguno, la megaminería y la ampliación de la frontera petrolera, en contra de la voluntad de las comunidades afincadas en esas regiones, van porque van.

Correa ha sido categórico:

no se puede recuperar el tiempo perdido, el factor más escaso en el país es tiempo. Hemos perdido demasiado tiempo para el desarrollo, no tenemos más ni un segundo que perder, (...) y los que nos hacen perder tiempo también son esos demagogos, no a la minería, no al petróleo, nos pasamos discutiendo tonterías. Oigan en Estados Unidos, que vayan con esa tontería; en Japón, los meten al manicomio. A quien se le ocurre no explotar el petróleo, no explotar la minería y nos hacen perder tiempo, tiempo, tiempo y tiempo y el país ha perdido dos siglos para el desarrollo, cuántas generaciones han sido condenadas a la miseria, a la desnutrición, al analfabetismo, a la falta de salud, agua potable, alcantarillado, porque hemos perdido el tiempo y nos lo quieren hacer seguir perdiendo (Macas, sabatina del 10.12.2011).

Ese mensaje intolerante es conocido. Hoy se pretende hacer realidad las voluntades extractivistas de “la larga noche neoliberal”, que por lo demás han estado presente desde los orígenes de la República.

En los años neoliberales los gobiernos apresuraron el paso extractivista. Ya intentaron introducir la megaminería y ampliar la frontera petrolera, atropellando cualquier cuestionamiento y normativa legal. Hoy esos “logros” están a punto de ser alcanzados por la gestión del gobierno de la “revolución ciudadana”.

Adicionalmente la intolerancia a la crítica era la norma en tiempos neoliberales. Esto lejos de cambiar, ha aumentado durante los últimos años. Triste conclusión, el extractivismo, si nos atenemos a la experiencia histórica y a la realidad que se vive en otras latitudes, nos conduce a profundizar más en la esquizofrenia de la modalidad de acumulación primario exportadora, es decir el subdesarrollo.

Es más, en la medida que se amplía y profundiza el extractivismo se agrava la devastación social y ambiental. Los derechos colectivos de varias comunidades indígenas y campesinas son atropellados para ampliar aún más la frontera petrolera. La criminalización de la protesta social está a la orden del día. Son decenas de líderes populares encausados penalmente por defender el agua, los derechos y la vida misma. Poco importa que en el Ecuador constitucionalmente la Naturaleza sea sujeto de derechos.

Con el repunte del extractivismo aumentarán, sin lugar a dudas, los enfrentamientos. La inestabilidad social está casi programada. Serán cada vez mayores los impactos sobre otras actividades productivas en las zonas de influencia extractivista, por ejemplo, cuando las actividades mineras terminan por expulsar a los campesinos de la zona afectada.

Los efectos de estos conflictos y de esta violencia también afectan a los gobiernos seccionales. Estos pueden ser atraídos por los cantos de sirena de las empresas dedicadas al extractivismo masivo y de los gobiernos cómplices de ellas, que les ofrecerán algunos aportes financieros. No obstante, a la postre las sociedades tendrán



que asumir los costos de esta compleja y conflictiva relación entre las comunidades, las empresas y el Estado. Los planes de desarrollo locales estarán en riesgo, pues el extractivismo minero o petrolero tendrá supremacía sobre cualquier otra actividad. Todo esto termina por hacer pedazos aquellos planes elaborados participativamente y con conocimiento de causa por las poblaciones locales. Y los pasivos ambientales serán la herencia más dolorosa e incluso costosa de las actividades extractivistas, puesto que normalmente estos pasivos no son asumidos por las empresas extractivistas.

Está claro que si se contabilizan los costos económicos de los impactos sociales, ambientales y productivos de la extracción del petróleo o de los minerales, desaparecen muchos de los beneficios económicos de estas actividades. Pero estas cuentas completas no son realizadas por los diversos gobiernos “progresistas”, que confían ciegamente en los beneficios de estas actividades primario-exportadoras.

En síntesis, gran parte de las mayores y más graves patologías del extractivismo tradicional se mantienen en el neoextractivismo. Por eso la dependencia de recursos naturales no renovables, en muchas ocasiones, consolida gobiernos caudillistas, incluso autoritarios, debido a los siguientes factores:

- Débiles instituciones del Estado para hacer respetar las normas constitucionales y legales, capaces de fiscalizar las acciones gubernamentales.
- Ausencia de reglas y de transparencia que alienta la discrecionalidad en el manejo de los recursos públicos y de los bienes comunes.
- Conflicto distributivo por las rentas entre grupos de poder, lo que a la larga, al consolidar el rentismo y patrimonialismo, disminuye la inversión y las tasas de crecimiento económico.
- Políticas cortoplacistas y poco planificadas de los gobiernos.

Gracias al petróleo o a la minería, es decir, a los cuantiosos ingresos que producen las exportaciones de estos recursos, Correa, como los otros gobernantes “progresistas”, se asume como el portador de la voluntad colectiva y trata de imponer el salto tecnocrático hacia la ansiada modernidad. Para lograrlo, según su lógica, hay que dominar la Naturaleza para transformarla en productos exportables.

Esta visión ha estado presente permanentemente en Ecuador, de igual forma que en la mayoría de los países de la región. Desde la conquista y la colonia, imbricada profundamente con el modelo de acumulación primario-exportador, se consolidó una visión pasiva y sumisa de aceptación de este posicionamiento en la división internacional del trabajo capitalista.

“La tradición (extractivista, NdA) de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos” (para ponerlo en palabras de Carlos Marx⁴). Así, todavía predomina la creencia que los recursos del subsuelo, petroleros y ahora también

⁴ Citando a Marx (1852), cabe recordar que “los hombres hacen su propia historia, pero no la hacen a su libre arbitrio, bajo circunstancias elegidas por ellos mismos, sino bajo aquellas circunstancias con que se encuentran directamente, que existen y les han sido legadas por el pasado. La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos”.



los minerales, son indispensables para el desarrollo. Incluso grupos mayoritarios de la población, que no son los verdaderos beneficiarios de estas lógicas extractivistas, son los que perversamente soportan estos gobiernos extractivistas...

¿Se puede superar “la maldición de la abundancia”?

Para muchos gobernantes, incluso aquellos considerados como “progresistas”, les es imposible realmente imaginarse una senda de liberación alternativa a esta “maldición de la abundancia” de los recursos naturales. Sus intenciones posextractivistas se ahogan en los discursos. En su Informe a la Nación, el 15 de enero de 2009, el presidente Rafael Correa afirmó que “no daremos marcha atrás en la Ley de Minería, porque el desarrollo responsable de la minería es fundamental para el progreso del país. No podemos sentarnos como mendigos en el saco de oro”: vieja cita atribuida al célebre geógrafo alemán Alexander Humboldt, por lo demás propia de la época de la Ilustración colonialista, que Correa la repite una y otra vez.

Las posibilidades de que los potenciales ingresos mineros puedan provocar una superación de las patologías descritas son (casi) imposibles. No se trata simplemente de confiar en un Gobierno autodefinido como “revolucionario”. Hay condiciones intrínsecas en este tipo de economías que deben ser desnudadas, antes de diseñar una estrategia que permita aprovechar de manera inteligente e incluso sustentable los recursos naturales, como parte de una adecuada planificación que permita arribar a un esquema posextractivista.

Para empezar se precisa definir, con una amplia y verdadera participación ciudadana, una conveniente estrategia que permita enfrentar el reto de la minería metálica a gran escala, sobre todo a cielo abierto, que pondría en riesgo la biodiversidad e inclusive la convivencia social. Cuestionar esta actividad minera, no puede confundirse con no hacer nada frente a las otras actividades mineras de menor volumen, que son tremendamente perjudiciales para el ambiente y en donde las condiciones sociales son deplorables.

Por lo tanto, el aprovechamiento adecuado de los recursos minerales, actividades que conforman la minería realmente existente en el país, es uno de los primeros grandes retos. Ecuador requiere una institucionalidad y una normatividad adecuadas para organizar y controlar el funcionamiento de la extracción de materiales de construcción, así como de la pequeña minería, la minería artesanal y la minería de subsistencia. Igualmente es indispensable un manejo responsable de los campos petroleros en explotación, sin dar paso a una ampliación de la frontera petrolera en el sur de la Amazonia ecuatoriana.⁵ Hacer realidad la Iniciativa Yasuní-ITT, de no explotar el crudo, es otra obligación histórica.

Frente a la omnipresencia del extractivismo asoman con frecuencia los reclamos por alternativas. Estas existen. Pero la vía de salida no pasa por forzar más el extractivismo. Tampoco se construirá una transición estratégica suspendiendo repentinamente todas las actividades extractivistas. Solo a alguien -por mala fe o por ignorancia- se le podría ocurrir la peregrina idea de que es malo tener recursos naturales y que puesto que la exportación primaria genera y perenniza el subdesarrollo, la

⁵ Promesa de campaña de Correa en el año 2006.



solución consistiría en dejar de explotar los recursos naturales. Obviamente, esa es una falacia.

Un proceso de transición hacia el posextractivismo implica aprovechar dichos recursos sin obstruir, menos aún destruir las vías de salida de dicha economía extractivista. No se puede afectar las actividades sustentables, sean manufactureras, la agricultura (campesina sobre todo), el turismo (comunitario especialmente)... en definitiva no se debe deteriorar la Naturaleza, que es la base de la propia economía. Esto indica que este tipo de estrategias mantiene latente los riesgos de mantener la dependencia de dichas actividades, mientras durante la primera fase de la transición se extraen los recursos naturales de alguna manera portadores de la maldición de la abundancia. Pero se los va transformando en una suerte de bendición, siempre y cuando no se amplíe el extractivismo como propone el correísmo.

El tema de fondo radica en no seguir extendiendo y profundizando un modelo económico extractivista, es decir especialmente primario-exportador. Ese esquema no ha sido la senda para el desarrollo de ningún país. Téngase presente la conclusión a la que llega un estudio financiado por intereses mineros: “la minería solo conviene a aquellos países que no cuentan con otras alternativas”.⁶

¿De qué se trata? La economía no debe ser tan dependiente de la exportación de recursos naturales. Ecuador ha sido un país producto: país cacaotero, país bananero, país camaronero, país floricultor, país petróleo... El reto es transformarse en una sociedad del conocimiento y la información, en un país inteligencia. Eso exige integrar los recursos naturales en ese proceso de cambio y encontrar el grueso del financiamiento del Estado en una recaudación tributaria equitativa, que grave progresivamente a los que más poseen y los que más ganan. Por supuesto que habrá que eliminar todas aquellas aberraciones existentes, como son muchos de los subsidios que benefician a los grupos más acomodados de la población o aquella mencionada situación de país exportador de petróleo e importador de derivados del hidrocarburo, que luego los quema para generar electricidad, disponiendo de incontables fuentes energéticas alternativas.

En la actualidad, el reto mayor es consolidar las alianzas y consensos necesarios para frenar la avalancha extractivista del correísmo. Desde la resistencia, que será muy compleja y difícil, hay que construir propuestas que viabilicen la transición a partir de una economía primario-exportadora dependiente del mercado mundial hacia una economía más autodependiente, es decir hacia una sociedad autosustentable. Ecuador requiere “combinar lo mejor de lo propio con lo más valioso de fuera” (Schuldt, 2005). Es decir, se precisa una concepción estratégica de país para -optimizando sus potencialidades domésticas- poder actuar con inteligencia en el contexto internacional.

Está claro que por la vía del “desarrollismo senil” (Martínez, 2010) no se encontrará la salida a este complejo reto. Es indispensable una estrategia que permita desarrollarse aprovechando los recursos naturales no renovables, sin depender de ellos para no permanecer en la trampa de la pobreza y del subdesarrollo. Es decir hay que construir otra modalidad de acumulación, puesto que más extractivismo lo único que hará es profundizar el rentismo, la devastación social y ambiental, el autoritarismo, así como la misma dependencia.

⁶ Abriendo Brecha Minería, Minerales y Desarrollo Sustentable, (Mining, Minerals and Sustainable Development, 2002).



El camino de salida de una economía extractivista, que tendrá que arrastrar por un tiempo algunas actividades de este tipo, debe considerar un punto clave: el decrecimiento planificado del extractivismo. Esta opción potencia actividades sustentables. En definitiva, no se debe deteriorar más la Naturaleza. El éxito de este tipo de estrategias para procesar una transición social, económica, cultural, ecológica, dependerá de su coherencia y, sobre todo, del grado de respaldo social que tenga.

Definitivamente, manteniendo y peor aún profundizando el extractivismo, no se encontrará la salida a este complejo dilema de sociedades ricas en recursos naturales, pero a la vez empobrecidas.



Bibliografía citada

ACOSTA, Alberto (2011); “Extractivismo y neoextractivismo: Dos caras de la misma maldición”, en Miriam Lang y Dunia Mokrani (comp.), *Más allá del desarrollo*, Ediciones Abya-Yala-Fundación Rosa Luxemburg, Quito. Disponible en: http://rio20.net/wp-content/uploads/2012/07/mas-alla-del-desarrollo_30.pdf [Citado: 15/05/2013]

----- (2009); *La Maldición de la abundancia*, CEP-Swissaid y Abya-Yala, Quito. Disponible en: <http://www.extractivismo.com/documentos/AcostaMaldicionAbundancia09.pdf> [Citado: 15/05/2013]

CORREA, Rafael (2012); “El desafío de Rafael Correa”, entrevista en diario *El Telégrafo*, 15.1.2012, Quito. Disponible en: <http://www.telegrafo.com.ec/actualidad/item/el-desafio-de-rafael-correa.html> [Citado: 15/05/2013]

GUDYNAS, Eduardo (2013); “Extracciones, extractivismos y extrahecciones un marco conceptual sobre la apropiación de recursos naturales”, en *Observatorio del Desarrollo*, N°18, Montevideo. Disponible en: <http://www.extractivismo.com/documentos/GudynasApropiacionExtractivismoExtraheccionesOdeD2013.pdf>

----- (2009); “Diez tesis urgentes sobre el nuevo extractivismo - Contextos y demandas bajo el progresismo sudamericano actual”, en AA. VV., *Extractivismo, política y sociedad*, CAAP/CLAES, Quito. Disponible en: <http://www.extractivismo.com/noticias/extractivismoquito09.html> [Citado: 15/05/2013]

MARTÍNEZ, Alier (2010); “No sé si hay un ecologismo infantil pero sí creo que hay un desarrollismo senil”, entrevista en *Rebelión*, 14/02/2010. Disponible en: <http://www.opsur.org.ar/blog/2010/02/14/%E2%80%9Cno-se-si-hay-un-ecologismo-infantil-pero-si-creo-que-hay-un-desarrollismo-senil/> [Citado: 15/05/2013]

MARX, Kart (2006); *El 18 Brumario de Luís Bonaparte*, Centro de Estudios Latinoamericanos “Justo Arosemena” (CELA), Panamá.

MMSD (2002), *Abriendo Brecha Minería, Minerales y Desarrollo Sustentable*, Informe del Proyecto MMSD, IIED-WBCSD, Londres. Disponible en: <http://www.infoandina.org/sites/default/files/recursos/9287IIED.pdf> [Citado: 15/05/2013]

SCHULDT, Jürgen (2005); *¿Somos pobres porque somos ricos? Recursos naturales, tecnología y globalización*, Fondo Editorial del Congreso del Perú, Lima.

SCHULDT, Jürgen y ACOSTA, Alberto (2006); “Petróleo, rentismo y subdesarrollo ¿una maldición sin solución?”, en *Revista Nueva Sociedad*, N° 204, Agosto. También disponible en: <http://www.extractivismo.com/noticias/extractivismoquito09.html> [Citado: 15/05/2013]

SENPLADES (2012); *Diagnóstico matriz productiva para Taller: Cambio de matriz productiva*, Quito (Presentación).

